

GARCILASO DE LA VEGA: «SOLDADO Y POETA»

JOSÉ MIRANDA CALVO

Numerario

La figura de Garcilaso de la Vega ha venido y viene siendo tratada de manera generalizada por su excelsa obra poética, a la que, sin duda alguna, todos rendimos homenaje de admiración por doble motivo: de una parte, por su finura, elegancia lírica y sentimentalismo, y, de otra, por la revolución que introdujo en el arte de la métrica innovándola en la época renacentista, cuyos ecos han venido perdurando hasta el presente.

Ahora bien, dicho reconocimiento y admiración ha de ir inexorablemente unido y asociado íntimamente a su personalidad y ejecutoria castrense, en ejemplar complementariedad de las Letras y las Armas, al igual que a lo largo de los siglos han venido protagonizando tantas y tantas figuras castrenses, haciendo gozosa realidad aquellos dichos iniciales del Marqués de Santillana, de «que la sciencia no embota el fierro de la lanza, ni face foxa el espada en la mano del caballero», reiterada siglos más tarde por nuestro insigne Miguel de Cervantes al rubricar su quehacer afirmando «que nunca la lanza embotó la pluma ni la pluma a la lanza».

Todo ello, justificado previamente, tras la estela poética-militar señalada por los Jorge Manrique, nuestro Garcilaso, Alonso de Ercilla, Francisco de Aldana, junto a sus coetáneos Lópe de Vega, Calderón de la Barca, etc., todos ellos soldados, y proseguida felizmente a los largo de los tiempos por esa pléyade de milites que hoy día tiene jugosa realidad con figuras tales como López- Anglada y Rodríguez Búrdalo.



Apunte - Recuerdos - Academia

No en vano, el propio Garcilaso, orgulloso de su profesión de las armas, definió esta su dualidad, diciendo:

Entre las armas del sangriento Marte
hurté del tiempo aquesta breve suma
tomando ora la espada, ora la pluma.

Difícilmente podemos encontrar en el ámbito militar otra figura como la de nuestro capitán toledano que personifique dos aspectos aparentemente opuestos: el de la vivencia de una vocación castrense acusada y firme, con las características de todo buen soldado, es decir, disciplina, lealtad, valor, y capacidad de sacrificio, junto a la más exquisita sensibilidad capaz de traducir en versos delicados los más fines matices de sentimientos.

De ahí que, a medida que el tiempo transcurre se considere la figura de Garcilaso de la Vega, junto a la de Miguel de Cervantes, como la más perfecta fusión del hombre de armas y de letras, de talante esforzado y animoso junto a su delicada lírica; de envidiado cortesano, atractivo y refinado, al capitán intrépido que despertaba admiración por su desprecio a la muerte, desgranando, a su vez, en pura melancolía los recuerdos de sus amores y lugares queridos.

Garcilaso, como todos sabemos, fue hijo de D.^a Sancha de Guzmán y del Comendador de León D. Pedro Suárez de Figueroa, Señores de Batres y Cuerva, omitiendo en este momento todos los detalles y aspectos familiares que de manera tan prolija son conocidos, habida cuenta de su esclarecimiento y divulgación a través de los últimos trabajos realizados por nuestra académica y amiga D.^a Antonia Ríos de Balmaseda y la Profesora D.^a María del Carmen Vaquero Serrano.

No se ponen de acuerdo los estudiosos en cuanto a la fecha de nacimiento, puesto que si bien mayoritariamente los biógrafos garcilasianos aceptaban la de 1501 a través del testimonio aportado por Fernando de Herrera, los trabajos más tardíos de Fernández de Navarrete la fijaron en 1503. Las investigaciones posteriores de Pero Cabrera volvieron a establecerla en 1498, para ser, más recientemente de nuevo rectificadas según las investigaciones de la Profesora toledana D.^a María del Carmen Vaquero Serrano precisando que fue en 1499, constándonos como última noticia, según la investigación del también Profesor toledano José Luis Pérez López, que la fecha más probable es la de Pero Cabrera de 1498, si bien, a tenor de cuánto se indica por los declarantes en el documento hallado por el citado investigador, pudiera haber nacido «más bien antes que después».

Sea cual sea el año exacto, lo cierto es, sin lugar a dudas que su niñez y formación inicial transcurrió en el ambiente recio y austero de la cercana localidad de Cuerva, en los alrededores de los Montes de Toledo, cuya villa era patrimonio de sus padres, de ahí que su forja física se desarrollara entre las breñas y canchales circundantes cuyo contorno presidiera el viejo castillo levantado en el camino de Gálvez, así como que sus dotes de observación y fluidez de sentimiento comenzaran a despertarse ante la contemplación del bravío paisaje pleno de brezos y jarales.

Paisaje montaraz, donde la naturaleza campeaba a sus anchas sin ser horadada por la mano del hombre que se mantendría exuberante hasta bien entrado el siglo XVIII, puesto que conocemos a través de las crónicas existentes que cuando el rey Carlos III cazaba en la extensa finca de El Castañar y se alojaba en Cuerva en la Casa-Palacio, eran necesarios los trabajos de una cuadrilla para poder desbrozar el camino en dirección al cazadero.

Desde su temprana mocedad y dada la relación de su familia con la Casa de Alba, Garcilaso ingresó como «contino», o sea, miembro de la Casa Real, al servicio directo del Rey- Emperador Carlos, iniciando su carrera de las armas en la que se mantendría ininterrumpidamente hasta encontrar la muerte el 14 de octubre de 1536 a resultas de las heridas sufridas en el asalto a la torre-fortaleza de Muey llevado a cabo el 17 de septiembre, sita a unos 14 kms. de Frejus en el camino de Marsella.

En su corta pero densa ejecutoria militar podemos distinguir 3 etapas perfectamente diferenciadas:

- *La inicial*, comprensiva desde su ingreso en la Guardia Real a su participación activa en el conflicto de las Comunidades de Castilla, junto a su primera herida en combate, finalizándose con la campaña de Navarra en 1524.
- *La intermedia*, correspondiente a su actuación en las campañas de Italia, ya ascendido a capitán, y
- *La etapa final*, con sus intervenciones en tierras africanas con motivo de la toma de Túnez, donde nuevamente volvió a resultar gravemente herido, concluyéndose con su posterior muerte, según hemos dicho anteriormente, ya ascendido a Maestre de Campo, tras el asalto en cabeza de sus tropas a la Torre fortaleza de Muey.

Resulta, en verdad, verdaderamente curioso, el paralelismo del discurrir de dichas etapas de auténtica intensidad castrense, plenas de actividad y mando directo, de arrojo personal que le ocasionan heridas sucesivas, con la alternancia en sus períodos de descanso de su maravillosa producción poética, en sucesión constante de delicadeza y sensibilidad sublimadas a través del sentimiento del amor, que, desgraciadamente no llegó a gozar en la persona amada, legán-

donos junto a su ejemplo de figura militar el fruto más exquisito de su poesía.

1.ª etapa.- el estallido del conflicto de las Comunidades de Castilla, constituyó pues su bautismo de fuego con activa participación en el mando auxiliar de las tropas, al propio tiempo que comenzó su dilema familiar, toda vez que su hermano mayor Pedro se inclinaría por el bando comunero del que llegó a ser el Jefe supremo por encima incluso de Juan de Padilla.

Tal vez, para evitar un enfrentamiento directo entre los hermanos, nuestro Capitán permaneció dentro del conjunto de tropas concentradas en la zona manchega cercana a Toledo bajo el mando del Prior de San Juan, en tanto que Pedro como Jefe supremo del bando comunero actuó sobre la zona central de Castilla entre Valladolid-Ávila.

Los combates en la zona cercana a Toledo revistieron en el período final del conflicto mayor intensidad, con motivo de la presencia y actividad del Obispo Acuña, quien al mando de una fuerte columna comunera se desplazó desde la zona de Valladolid-Ávila a la comarca oriental toledana de Ocaña, a través de Madrid-Alcalá de Henares-Aranjuez, con el fin de unirse a las milicias toledanas establecidas sobre el área de Yepes- El Romeral, con la intención de batir a las fuerzas imperiales del Prior de S. Juan que permanecían sobre la línea de Madrdejós-Tembleque-Corral de Almaguer, dando lugar a diversos combates parciales de los que el de mayor importancia fue el habido en las cercanías de El Romeral el 19 de marzo de 1521.

Tras conocerse el desastre de Villalar y el ajusticiamiento de los capitanes Padilla, Bravo y Maldonado, la táctica del ejército impe-

rial se orientó a impedir el reforzamiento de Toledo, que, como todos sabemos, se mantuvo firme y aislada bajo el mando de la viuda de Juan de Padilla hasta el final del conflicto.

Los meses de aquel verano transcurrieron en auténtica entremezcla de pequeñas acciones locales sobre las villas de Cabañas, Olías del Rey e Illescas, donde fue a refugiarse una fuerte columna comunera de unos 1.500 hombres que protegían un gran convoy de abastecimientos para poder introducirlo en Toledo.

El Prior de S. Juan, conocedor del intento, lanzó sus fuerzas contra la misma consiguiendo fraccionarla y desbaratarla en el combate de Olías del Rey, sobre el conocido paraje denominado Cerro del Águila, distinguiéndose sobremanera nuestro Garcilaso de la Vega y resultando gravemente herido, de varias cuchilladas, tras ser derribado y muerto su caballo, siendo rescatado por sus soldados.

Tal fue su arrojo y valentía en el combate que las Crónicas citan el hecho de modo muy particular, refiriendo textualmente «que se le vió acometer por sí solo a los enemigos hasta caer abatido por los comuneros».

Como broche final de esta su campaña inicial castrense, Garcilaso tomó parte en 1524 en la campaña sobre Navarra invadida por los franceses, asistiendo a la toma de Fuenterrabía y conclusión de la misma. El Rey-Emperador, captando su formación y cualidades, no dudó en nombrarle su profesor para el perfeccionamiento del español así como le adscribió al círculo especial de caballeros de su corte, siendo nombrado Caballero de la Orden de Santiago.

¿Podemos encontrar en esta su inicial etapa castrense alguna de sus producciones poéticas?

Ninguna en absoluto, según los estudiosos, puesto que se fijan en Italia, si bien cabe afirmar que sus dotes de observación, sensibilidad y apego a sus raíces toledanas, quedaron tan profundamente marcadas como así las veremos aparecer plasmadas en esta su subsiguiente etapa sobre las tierras italianas al describir en sus Églogas los diálogos pastoriles de Salicio y Nemoroso, cual se refleja en estas estrofas referidas a la vega y del Tajo en su abrazo a la ciudad:

Cerca del Tajo en soledad amena,
de verdes sauces hay una espesura
toda de hiedra revestida y llena,
que por el tronco va hasta la altura,
y así la teje arriba y encadena
que el sol no halla paso a la verdura:
el agua baña en prado con sonido
alegrando la vista y el oído.

Pintado el caudaloso río se vía,
que en áspera estrechez reducido,
un monte casi alrededor tenía,
con ímpetu corriendo y con ruido:
querer cercallo todo parecía,
en su volver, más era afán perdido:
dejábase correr, en fin, derecho,
contento de lo mucho que había hecho.
(Égloga II)

2.^a etapa.- En 1525 contrajo matrimonio con D.^a Elena de Zúñiga, noble dama, a la que jamás dedicó un solo recuerdo en su obra poética, tal vez, por el hecho de que al año siguiente de su boda, se enamoró perdidamente de Isabel de Freire, dama portu-

guesa acompañante de la Emperatriz Isabel y que desde entonces se convirtió en su musa inspiradora, a la que dedicó lo más florido y delicado de sus versos a través del nombre de Elisa en sus Églogas, lamentándose siempre del olvido que la misma hizo de su pasión, por más que algunos críticos hayan considerado que se trata simplemente de un recurso literario.

Acompañando al Rey-Emperador a Bolonia, donde fuera coronado en 1529, transcurrió esta su segunda etapa militar sobre los campos de Italia, interviniendo activamente en el asedio a Florencia, la patria del famoso Miguel Ángel, en cuyo asalto volvería a distinguirse por su intrepidez penetrando a la cabeza de sus tropas en el fuerte San Miniato, consiguiendo, desde entonces, verdadero aprecio entre los más distinguidos capitanes de aquellos Tercios que mantenían la supremacía político y militar de España sobre los campos de Europa.

A lo largo de sus años de permanencia en Italia, tras la toma de Florencia, alternados con esporádicos viajes a España y breves estancias en Toledo como encargado de llevar a cabo diversas misiones, Garcilaso, ya ascendido a Capitán, consolidó su madurez castrense al propio tiempo que sus contactos poéticoliterarios, escribiendo, según los estudiosos de su obra, las primeras Églogas y Sonetos, que en tan alto grado recuerdan el paisaje de Toledo y la ilusión y esperanzas de su amor, íntimamente entremezclados con su abatimiento al no ser correspondido.

El recuerdo de Isabel de Freire le atormenta en grado sumo, al margen de amoríos ocasionales derivados de su aureola cortesana, con los que trata de ahogar su frustración, habida cuenta del casamiento de la misma con D. Antonio de Fonseca desde 1528, a cuyo hecho dedicó de inmediato esta Copla:

Culpa debe ser quereros
 según lo que en mi hacéis
 más allá lo pagaréis
 do no sabrán conoceros
 por mal que me conocéis.

Por quereros, ser perdido,
 pensaba, que no culpado;
 más que todo lo haya sido,
 así me lo habéis mostrado
 que lo tengo bien sabido.

¡Quién pudiese no quereros
 tanto como vos sabéis
 por holgarme que paguéis
 lo que no han de conoceros
 con lo que no conocéis!.

En medio de sus vigilias campamentales, Garcilaso se debate entre las esperanzas de conseguir el amor de Isabel y sus momentos de abatimiento, espoleando de continuo su espíritu y sensibilidad en prueba de constante fidelidad, ofrendando sus versos plenos de melancolía y nostalgia en ansias del logro de su sueño:

Un rato se levanta mi esperanza
 más cansada de haberse levantado,
 torna a caer, que deja, a mal mi grado,
 libre el lugar de la desconfianza.
 Yo mesmo emprenderé a fuerza de brazos
 romper un monte que otro no rompiera,
 de mil inconvenientes muy espeso;
 muerte, prisión, no pueden, ni embarazos,

quitarme de ir a veros como quiera,
desnudo espíritu u hombre en carne y hueso.
(Soneto IV)

Especialmente será en este otro, dónde su alma se eleva al más alto grado de sensibilidad y fidelidad a su amor:

Escrito está en mi alma vuestro gesto,
y cuánto yo escribir de vos deseo;
vos sola lo escribisteis, yo lo leo,
tan sólo, que aún de vos me guardo en esto.

En esto estoy y estaré siempre puesto,
que aunque no cabe en mi cuánto en vos veo
de tanto bien, lo que no entiendo creo.

Yo no nací sino para querereros;
mi alma os ha cortado a su medida
por hábito del alma misma os quiero.

Cuánto tengo confieso yo deberos;
Por vos naci, por vos tengo la vida,
Por vos he de morir y por vos muerdo.
(Soneto V)

¿Hasta qué punto debemos preguntarnos, no encontraría Garcilaso en la reciedumbre de su temple castrense las fuerzas necesarias para superar tamaña postración y amargura?

¿Cómo explicarnos, caso contrario, su serenidad de juicio, su equilibrio, su afán de superación en el servicio, tan cualificadamente apreciado por sus superiores, cuándo este febril estado de desesperanza le impulsa a escribir nuevamente el siguiente soneto?

Estoy contino en lágrimas bañado
 rompiendo siempre el aire con sospiros,
 y más me duele el no osar deciros
 que he llegado por vos a tal estado:
 que viéndome do estoy y en lo que he andado
 por el camino estrecho de seguiros,
 si me quiero tornar para huiros,
 desmayo, viendo atrás lo que he dejado;
 y si quiero subir a la alta cumbre,
 a cada paso espántame en la vía
 ejemplos tristes de los que han caído;
 sobre todo, me falta ya la lumbre
 de la esperanza, con que andar solía
 por la oscura región de vuestro olvido.

(Soneto XXXVIII)

Paralelamente a esta crisis sentimental, se desarrollan inquietantes noticias político-militares que van a tener a Garcilaso como especial protagonista, toda vez que las amenazas turcas sobre el Mediterráneo que ponen en peligro la seguridad de las costas de los dominios españoles, impulsarán a que el Virrey de Nápoles D. Pedro de Toledo elija a Garcilaso para portar un mensaje al Rey-Emperador de cuyo contenido podemos deducir la estima y conocimiento que tenía.

El mensaje decía textualmente:

«Sacra Cesárea Magestad: Garcilaso va a dar cuenta a V. M. De todo el suceso de la armada turquesa después que entró en estos mares y de todo lo demás que parece convenir al servicio de V. M. y del sentimiento que de todas partes se tiene, y por no saber cómo se ofrecerán las cosas, va con creencia, por ser tan buen

servidor de V. M. y tan buen entendido que de toda cosa se puede fiar de él.

Suplico a V. M. le mande dar crédito así en esto como en todo lo demás que de mi parte suplicara a V. M. y le mande dar breve despacho, mandándole acordar de hacelle merced, pues sus servicios y persona lo merecen. Nuestro Señor la vida de S. M. por tan largos años aumente como yo deseo y la cristiandad ha menester. De Nápoles a 15 de agosto de 1534. Sacra Cesárea Magestad Católica. Vasallo y criado de V. M. el Marqués de Villafranca.»

Podemos imaginar el grado de estima y cualidades de Garcilaso para ser investido de tan honrosa misión, ya que, complementariamente a la misma se añadía el dar toda clase de detalles a la situación y medidas a adoptar, que no fueron otras sino la de realización de la campaña sobre Túnez.

Si a ello añadimos que en la primavera de dicho año, Garcilaso conoció la muerte de Isabel de Freire, es incuestionable imaginar la fuerza íntima de superación en su espíritu, toda vez que hubo de entremezclar su natural equilibrio y juicio junto a la clarividencia de iniciativas frente a la situación, con la postración y dolor de tan trágica noticia.

De ahí, la profunda melancolía de los versos que a su recuerdo dedicara:

Las lágrimas que en esta sepultura
se vierten hoy en día y se vertieron
recibe, aunque sin fruto allá te sean,
hasta que aquella eterna noche oscura
me cierre aquestos ojos que te vieron,

dexándome con otros que te vean.
 Más de no veros ya, para valerme,
 Si no es morir, ningún remedio hallo;
 Y si esto lo es, tampoco podré habello.

Los preparativos para su marcha en la expedición a Túnez le acompañan con la incógnita de su posible muerte en el combate, por lo que, nuevamente, Garcilaso, añorando que puedan compartir juntos la otra vida, escribe:

Divina Elisa, pues, agora el cielo
 con inmortales pies pisas y mides,
 y su mudanza ves, estando queda,
 ¿porqué de mi te olvidas y no pides
 que se apresure el tiempo en que este
 velo rompa del cuerpo, y verme libre pueda'
 y en la tercera rueda
 contigo mano a mano,
 busquemos otro llano,
 busquemos otros montes y otros ríos,
 otros valles floridos y sombríos
 dónde descanse y siempre pueda verte
 ante los ojos míos,
 sin miedo y sobresalto de perderte?

El acierto en la misión encomendada a Garcilaso motivando la inmediata y firme determinación del Rey-Emperador, a promover la campaña de Túnez, llevaría al Virrey de Nápoles a proponer y conseguir el nombramiento para Garcilaso de Alcaide y Señor de la villa de Rijoles, hoy día llamada Reggio Calabria, cuya situación estratégica como guardiana del estrecho de Mesina requería el nombramiento de un Gobernador de confianza y acreditado valor.

3.^a *etapa*.- La famosa campaña de Túnez ideada por el Rey-Emperador Carlos con objeto de limpiar definitivamente de piratas el Mediterráneo, consolidando con ello el dominio sobre las plazas norteafricanas en poder de la Corona española así como de los territorios y costas italianas, supuso para Garcilaso el comienzo de su etapa militar final, volviendo, una vez más, a dar muestras de su temerario valor a la vez que su espíritu y sentimientos, tan quebrantados por la muerte de Isabel de Freire, se superan y subliman ante el cumplimiento de su deber como soldado.

La preparación de la campaña tras seis largos meses de continuados trabajos y entrenamientos, quedó concluida al final de la primavera de 1535, juntándose casi 300 navíos de todas clases y 30.000 hombres de desembarco al mando del Almirante Andrea Doria que llegaron a las costas africanas el 15 de junio de 1535, desembarcando en las cercanías de la antigua ciudad de Cartago.

Una vez que la Infantería saltó a las playas cercanas junto con la artillería se dispuso el asedio contra el fuerte de La Goleta que duró un mes, rindiéndose tras encarnizados combates, iniciándose el 20 de julio la marcha sobre Túnez dónde resistía el pirata Barbarroja, debiéndose realizar el avance a pecho descubierto con objeto de apoderarse de los pozos de agua contiguos a las murallas, puesto que las reservas propias se agotaron antes de lo previsto dadas las altas temperaturas de aquel verano.

De la relación de la batalla, según Gonzalo de Illescas, muy pormenorizada, entresacamos el siguiente párrafo... «Batióse La Goleta por mar y tierra con grandísima furia el 12 día del mes de julio de 1535, desde la mañana hasta pasado medio día, pareciendo que se hundiera el cielo y la tierra , tanto que del gran ruido se alteró la mar que parecía estaba en tormenta; después se dio el asalto

que fue tan animoso el acometimiento que Sinain y los suyos no osaron esperar y salieron huyendo metiéndose en la ciudad.

Diéronse, pues los capitanes, por orden de Su Magestad, toda la prisa posible por ir ganando tierra hacia la ciudad, llevando sus trincheras adelante por ir más seguros con intención de acercar los tiros de sus culebrinas para batir los muros y dar los asaltos necesarios. En tanto se peleaba contra las salidas de los sitiados, y un día se incendió el negocio tan de veras que por poco se llega a pelear de poder a poder con todo el conjunto.

Aquel día fue malherido Garcilaso de la Vega, elegante poeta español, y aún matáronle si no lo socorriera el capitán napolitano Frederico Garraffa con los suyos y fue menester que su magestad en persona saliese con los hombres de armas al socorro».

A mayor abundamiento, el propio cronista del Emperador, Fray Prudencio de Sandoval, al referirse al combate por los pozos de agua a los que intentaba llegar el destacamento de Capitán D. Pedro Juárez, dice: «... tres veces se salvaron del cerco que los árabes establecieron, pero habiendo perdido su caballo cargaron los moros contra el Capitán Pedro Juárez y le hirieron tan mal, que ya que los soldados le sacaron de sus manos, expiró allí en el campo, y D. Alonso de la Cueva, por socorrerle con los suyos, se vió igualmente en peligro y perdió también el caballo que le mataron sus enemigos, y le valió mucho el socorro que le hizo Garcilaso de la Vega y de Guzmán, Caballero de Toledo, excelente poeta que salió herido en el brazo y en el rostro de las cuchilladas recibidas».

Como recuerdo de la campaña y del hecho, dedicó a su amigo Juan Bosco el Soneto XXXIII, refiriéndole:

Boscán, las armas y el furor de Marte,
que con su propia fuerza el africano
suelo regando, hacen que el romano
imperio reverdezca en esta parte,
han reducido a la memoria el arte
y el antiguo valor italiano,
por cuya fuerza y valerosa mano
Africa se aterró de parte a parte.

Prontamente, tras cinco meses de descanso, volverla Garcilaso a movilizarse para tomar parte en la nueva campaña que el Emperador Carlos preparó contra el rey francés Francisco I, con la alegría de verse ascendido a Maestre de Campo con el mando del I Tercio, es decir de arcabuceros y piqueros, totalizando unos 3.000 hombres dispuestos para la invasión del Milanesado.

Consecuentemente marchó a Génova embarcándose en las naves del Almirante Andrea Doria correspondiéndole ir en las galeras españolas mandadas por D. Alvaro de Bazán.

Dado que el rey Francisco I no presentó batalla en el Milanesado, el Emperador Carlos ordenó atacarle en las tierras de la Provenza, desembarcando nuestras tropas en Marsella, a la que pusieron sitio, para irse paulatinamente retirando al declararse la peste entre las tropas de cuyas resultas murió el famoso general D. Antonio de Leiva.

A partir, pues, del 13 de septiembre de 1536, las fuerzas mandadas por Garcilaso son continuamente hostigadas, especialmente al llegar al lugar llamado de Muey, a unos 14 kms. de la villa de Frejus. Una vez que la artillería batió la torre-fortaleza abriendo ancha brecha y dando ejemplo a sus soldados, penetró en cabeza

Garcilaso de la Vega seguido de su primo Alfonso de Portocarrero, agarrándose a las escaleras para escalar la muralla en vanguardia. Su impetuosidad y valor temerario, dada la desprotección de su cabeza, determinó que una espuerta de piedra de las tiradas por el enemigo le derribara y muriera tras 25 días de agonía en Niza el 14 de octubre de 1536, a pesar de los solícitos cuidados médicos y los de su amigo Francisco de Borja, Marqués de Lombay, quién como sabemos, tras la muerte de la Emperatriz Isabel se retiró monacalmente por no querer servir más que a Dios.

Tal vez, en esos días en los que Garcilaso se debatía entre la vida y la muerte, repasaría el conjunto de sus recuerdos, añoranzas familiares y ese eterno paisaje de Toledo y del Tajo que siempre presidió su mente y corazón, y al que, presintiendo que algún día le llegaría la muerte, no dudó en escribir aquellos versos que dicen:

Vosotros los del Tajo en su ribera
cantaréis a la mi muerte cada día.
Este descanso llevaré aunque muera;
que cada día cantaréis mi muerte,
vosotros los del Tajo en su ribera.

Sus restos, por orden de su esposa D.^a Elena de Zúñiga, llegaron a Toledo en 1538, depositándose en el panteón familiar de los abuelos maternos en la Iglesia de S. Pedro Mártir, esculpiéndose su efigie en la Capilla de N.^a S.^a del Sagrario.

En 1869 fueron sacados sus restos, siendo trasladados a Madrid, tras variada peregrinación, depositándose en el Panteón Nacional sito en la Iglesia de S. Francisco el Grande, regresando nuevamente a Toledo en 1875, quedando depositados en el Ayuntamiento hasta comienzos de siglo para trasladarse definitiva-

mente el 17 de agosto de 1900 al panteón familiar de S. Pedro Mártir.

A través de esta apretada síntesis de su quehacer militar inseparablemente unido a su ejecutoria cortesana y exquisita inspiración poética, comprobamos la permanente dualidad de sentimientos que presidieron su vida y obras: la espada y la pluma, el amor y el dolor, la fidelidad a su Rey, a su Bandera, a su amada, la nostalgia de Toledo y el Tajo junto al contraste de las tierras italianas en las que escribiera sus añoranzas y su pasión, así como su sangre en las arenas africanas.

Desde nuestro Toledo, solar y cuna de la Infantería, de la que Garcilaso fuera su prototipo, le enviamos un terceto de amor a su manera, diciéndole:

Hoy, en la falda de la paz florida
recuerda el alma a orillas de su llanto
el oro muerto de la despedida.

Todo ello presidido por su caballerosidad, delicadeza y cultura, en mezcla difícilmente repetible, reconocida y proclamada, elevando al máximo la poesía castellana de su tiempo por su musicalidad y elegancia, al evocar su figura en el día de hoy, y a título de despedida, repetir unos versos que le dedicara Rafael Alberti:

Si Garcilaso volviera, yo sería su escudero,
¡Qué buen caballero era!
Mi traje de marinero, se trocaría en guerrero
ante el brillar de su hacer.
¡Qué buen caballero era!
¡Qué dulce oírle, guerrero, al borde de su ribera!
En la mano, mi sombrero: ¡Qué buen caballero era!.